

estos, y otra parte se hallaba en poder de los valacos y de los croatas. Por tal razón, siempre que lo ha podido Hungría, se ha separado totalmente del imperio austriaco. Allá por el año 48, la separación se mantuvo con varia fortuna, pero con igual esfuerzo y gloria. Los poetas más ilustres, los héroes más sublimados, los oradores más oídos, todo cuanto vivía en aquel territorio la vida superior del espíritu, se adhirió á la independencia y pugnó por establecerlas y arraigarlas definitivamente. Yo recuerdo que la causa de Hungría me interesaba en mi lejana infancia como pudiera interesarme la causa de Italia, y que seguía con tal ansiedad los pasos de Kossuth por las orillas del Danubio, como pudiera seguir los pasos de Garibaldi por las orillas del Tíber, los pasos de Manin por las orillas del Adriático, los pasos de Guerazzi por las orillas del Arno, los pasos de Lamartine por las orillas del Sena. Se necesitó la reacción extrema y universal que nos envolvió á todos con sus sombras; el poder incontrastrable de Rusia ejercido por mano tan férrea como la mano de Nicolás I; el horrible furor de los crueles y sanguinarios croatas para sepultar de nuevo á Hungría en su fosa. Mas no sepultaron sus nobles aspiraciones. En cuanto Austria saliera de la confederación germánica por su rota de Sadowa, Hungría pidió toda la independencia compatible con el sér y naturaleza del imperio austriaco, á cuya suerte se halla por mil apretadísimos lazos estrechamente unida. La edad antigua del heroísmo, condensada en la revolución del 48, había pasado, y sobrevenido tras ella otra edad más práctica, en que prevalectían sobre las inspiraciones sublimes la reflexión madura. Deak llevó el espíritu de conciliación hasta el extremo de idear un pacto práctico entre la forma imperial y la patria libre. Hombres como Andrassy, antiguos héroes de la independencia nacional, que habían peleado en los viejos combates, y caído en la común desgracia, se unieron á la transacción. Y encontraron repúblicos de tan perspicuo entendimiento y de tan maduro juicio, como el ministro que lleva hoy la pesadumbre de tal política sobre sus hombros como el habilísimo Taafe. Tal régimen ha tomado el nombre de dualismo. Pero no deja de tener inconvenientes así en Austria como en Hungría. Compuesto el territorio colocado en la corona de San Esteban por tierras de carácter eslavo, rutheno, y hasta sajón ó alemán, estas tienden á separación idéntica en el fondo con la recabada por sus hábiles y sabios dominadores. Y como quiera que no haya logrado el imperio austriaco por su parte la necesaria unificación, todos los

Estados, en sus aglomeraciones inorgánicas, parecen movidos por fuerzas completamente centrífugas que los apartan del Austria. El Tirol se siente atraído por Italia y mientras no puede cumplir este destino en consonancia y armonía con su vocación, hace cuanto puede por no parecer una provincia simplemente de Austria. La Bohemia eslava lucha con los alemanes dentro y fuera de sus límites propios, como si datara de ayer, y no de siglos, su íntima unión nacional con Austria. La Galitzia, desprendida del antiguo Estado polonés, tiende con tendencias tenaces también á ensanchar su autonomía, recabando patria municipal, ya que un destino adverso la condenara tristemente á carecer de patria nacional. La Bosnia y la Herzegowina, separadas del imperio mongol y unidas al imperio austriaco, se componen de unos enemigos tan implacables del Austria como turcos y esclavones. Luégo tiene las costas dorias y dálmatas, donde iban los romanos del antiguo imperio á cazar sus siervos, y donde por tanto tiempo lucharon la República de Venecia y el gran Turco, todas ellas de muy difícil asimilación, y muy perplejas entre los diversos elementos que las apartan de Austria y las atraen á sí con soberano empuje. Una situación de suyo tan complicada y difícil, suscita mil problemas, tras cuyos fatídicos términos relampaguea con siniestros fulgores la guerra continental.

VI

Bien es verdad que no puede hallarse tranquila esta Europa, trabajada por un elemento ¡ay! tan corruptor como el imperio turco, de cuyas descomposiciones á diario se levantan nubes de miasmas destinadas á emponzoñar con vapores de guerra el aire vital en que respiramos y la vida misma de que vivimos. En la división de los dos imperios, el de Oriente y el de Occidente, salvóse por un milagro aquél de las irrupciones germánicas. Los bárbaros pasaron por sus horizontes como nubes fugaces, destinadas á oscurecer otros horizontes. Pero cuando ya, en todo el mundo europeo, se había realizado la fusión de los elementos germánicos y los elementos celtas y romanos, una raza mongólica, la cual había caído sobre Jerusalén allá por el siglo décimo tercio, invade audaz el imperio de Oriente. Mongoles de suyo los magyares, casi mongoles de suyo también los búlgaros, habíanse aligado á los arios tanto de la Esclavonia como de la Grecia, por creer en

una religión flexible á cambios y transformaciones. Pero estas razas mongólicas ó turanias, mejor dicho, todas estas razas turcas traían una religión ya completamente fija y concretada, como la religión del Profeta, incapaz por sus caracteres fundamentales de aliarse con ninguna otra. El mahometismo se impuso á una parte de los aristócratas vencidos, pero no pudo imponerse al pueblo cristiano. Y además la religión musulímica tiene tales propensiones al aislamiento, que no puede compenetrarla ningún otro dogma. Cinco siglos hace que los mahometanos pisaron la Europa oriental; y todavía no han recibido influencia ninguna de medio tan poderoso é influyente cual esa raza griega, que desde sus cadenas y hasta desde su tumba, tan extraordinarios milagros ha sabido hacer en el mundo. El imperio turco se dilató muchísimo, llegando á exceder en extensión al antiguo imperio de Oriente; mas nunca recibió influencia ninguna del elemento cristiano y nunca ejerció sobre los elementos cristianos otra influencia que la dimanada de su fuerza y de su conquista. La grandeza de Turquía empieza en el siglo decimo quinto y no llega ni á fines siquiera del siglo décimo sexto. La mano de nuestra España le puso un límite por tierra en el cerco de Viena y por mar en la batalla de Lepanto. Apenas habían transcurrido cien años después de tal suceso, cuando entraba en pleno decaimiento. Tras la guerra concluída por la paz de Carlowitz á fines del siglo décimo séptimo, Hungría y el Peloponeso volvieron á llamarse tierras cristianas. Verdad que bien pronto recuperaron en Grecia los turcos cuanto habían perdido; pero verdad también que no pudieron recuperarlo sin retroceder y retroceder mucho en las orillas del Danubio. Así, de disminución en disminución, llegó tan abatida y triste á nuestros días la Puerta que ha debido ceder Bosnia con Herzegovina sin remedio al Austria y á Inglaterra Cipro. Hay más de un paralelismo entre la dominación musulímica de Oriente y la dominación musulímica de Occidente. Allí, como aquí, las aristocracias cedieron más fácilmente que las democracias al yugo del Koran. Y como aquí hubo la serie ilustre de monarquías pirenaicas destinadas á recabar el suelo nacional, allí hubo una potencia joven destinada también á rescatar del yugo musulmán á los territorios greco eslavos. Esta potencia se llamó Rusia, esa Rusia, cuyas súbitas apariciones en el Oriente, coinciden por completo con los retrocesos y decaimientos del imperio turco.

Cuando vemos en este nuestro siglo tres ó cuatro graves conflictos entre

Turquía y Rusia, olvidamos como dimanaban de añejas competencias, como se combinan y enlazan á una con hechos tradicionales y seculares, como ahondan muy naturalmente con sus raíces propias en los viejos tiempos y en la vieja historia. Poco á poco esta potencia fué tomando Azof, Crimea, Besarabia, Moldavia y las islas situadas á la desembocadura del Danubio. Aunque unas veces haya gozado todos estos dominios y otras veces los haya perdido, no puede negarse que Rusia, ya tenga ó no la Besarabia, ya recupere ó pierda las islas danubianas, ya rectifique ó no su frontera de Moldavia, está frente á frente de Turquía, por necesidad, y tiene una guerra tan cruel con ella empeñada, que las paces de una con otra se parecen á treguas y á nada más que treguas. Por grados sucesivos el imperio turco se ha descompuesto y terminado. Las islas Jónicas pasaron por cambios tan bruscos de política y sesometieron á elementos tan diversos de dominación, que apenas comprendemos cómo hayan podido estar á un tiempo en nuestro siglo bajo la triste y aborrecible autoridad de los turcos mezclada con la tutela de Rusia. La Grecia, no emancipada en su totalidad, compuesta sólo del Peloponeso, la Eubea y las Cicladas quedó dividida, desmembrada, trayendo con esta desmembración, gérmenes nuevos de perturbaciones sin cuento. Para comprender todos los peligros encerrados en las cuestiones de Oriente, no hay como contemplar las alternativas bruscas que han corrido sus Estados diversos. Desde 1805 á 1878, ha pasado Servia por seis fases diversas, determinaciones varias de increíbles conflictos. Y después de tanto controvertir su extensión y de tanto pugnar por su nacionalidad, Servia se halla hoy rota, dividida y desmembrada como Polonia. Dos reyes y dos emperadores poseen el antiguo territorio servio, los reyes de Montenegro y Servia, los emperadores de Turquía y Austria. En los oídos de todos estos pueblos han sonado las palabras independencia y unidad, mas, cuando han ido á buscarlas, tras combates sangrientos, han topado por fuerza en los recortes y disminuciones, que imponen á todo ideal, y á los ideales progresivos muy especialmente, la triste realidad. No menos confusa la historia de Rumania y no menos grave la situación á que han traído estos territorios las guerras y los tratados. Rumania se ha constituido con la suma de dos Principados tributarios de Turquía, con la suma de Valaquia y Moldavia. Por esas diferencias, tan enormes que hay entre los pueblos sitos á las orillas del Danubio, Valaquia y Moldavia no recibieron nunca de la domina-

ción mahometana los agravios que Grecia y Servia, conservando en su aflicción una relativa independencia bajo la humillación de los añejos tributos á Turquía. Exenta de tales tributos por los tratados europeos, constituida en reino independiente, los tratados últimos hánla despojado de aquella parte de Besarabia que frisaba con el bajo Danubio y le han concedido la Doubrouzka, cuya línea engrandece mucho su frontera por la parte del Mar Negro; pero la expone mucho más que antes á las invasiones de Rusia. Con esto y con que su amada Transylvania todavía esté bajo la dominación indirecta del Austria un desasosiego profundísimo reina en todo el rumano territorio.

Hay todavía una porción de los Balkanes y del Danubio, más ó menos adscrita por las convenciones diplomáticas al otomano imperio, que perturban y enzobran la política europea. Todo el mundo comprenderá que hablo de Bulgaria. Si el Estado propio de Servia y el Estado propio de Rumania trae graves dificultades, no obstante hallarse una y otra en una relativa independencia, cuantas no traerá Bulgaria, separada en dos por los tratados, reunida en una sola por la revolución, y con un organismo arreglado según sus votos y otro arreglado según los votos de la diplomacia europea. El tratado de San Estefano con firme propósito de cortar en dos el territorio turco en Europa, concedió á la Bulgaria, por él ideada, una porción de las costas egeas. Pero el tratado de Berlín devolvió á Turquía las riberas septentrionales del Egeo, desmembrando en tres porciones desmesuradísimas el territorio búlgaro. Una porción se constituyó con las regiones comprendidas entre las orillas del Danubio y la cordillera de los Balkanes; otra porción se constituyó con las regiones de allende los Balkanes y se denominó la Rumelia oriental. La tierra comprendida entre las riberas del Danubio y los montes recibió una independencia minorada sólo con la prestación de tributo; y la tierra de allende los montes recibió lo que se llama sin grande propiedad autonomía administrativa, y una Constitución europea. Macedonia, que los búlgaros creen una prolongación de Bulgaria y los griegos una prolongación de Grecia, quedó completamente á merced y arbitrio de los turcos, sus odiados dominadores, con lo cual no hay para que añadir las profundas causas existentes allí de disgusto y las profundas perturbaciones surgidas de todos estos disgustos. Así el gobierno de tales diversos Estados aparece cada día más difícil, y sus reyes cada día más circuidos por procelosos oleajes. Mientras en Servia los príncipes tienen

que irse casi, ahuyentados por las divisiones entre servios rusófilos, y servios austrófilos; en Rumania, la familia de origen alemán que allí reina, se despolariza rápidamente y toca en los límites de una deposición moral precursora siempre de los graves destronamientos materiales. Si exceptuamos el Montenegro, cuyo rey, casi albanés, acierta con fortuna y prestigio á mantenerse allá en sus rocas, los demás pueblos cristianos, que han surgido más ó menos rápidamente de las desmembraciones turcas, no se hallan muy satisfechos con su respectiva suerte. Cuando se atraviesa una situación tan crítica y particular, como la situación atravesada por los pueblos cristianos del Balkan y del Danubio, todo les indica la necesidad imprescindible de una confederación correspondiente con sus respectivas situaciones. Pero la confederación pide ciertos afectos de amistad entre los pueblos á confederar, y la península no ve sino grandes odios, lo mismo dentro de Bulgaria, Rumania y Servia entre los partidos, que fuera entre los pueblos. Así, tras tantos esfuerzos empleados para pacificar la vieja Tracia, bien puede asegurarse que nunca estuvo tan cerca, cual hoy, de una tremenda guerra.

VII

El imperio antiguo de Oriente se vió siempre amenazado por las razas bárbaras, á quienes opuso resistencia invencible durante seis siglos hasta caer por último bajo la cimitarra de los turcos. Y estos turcos, detentadores del imperio, que tan grande pujanza consiguieron durante dos siglos, véense amenazados hoy por las razas boreales que pueblan el Norte de nuestra Europa y viven bajo el despotismo de Rusia. Pocos fenómenos políticos y sociales tan curiosos como la formación del inmenso imperio moscovita, ligado estrechamente con la suerte y destino de todos los pueblos orientales. A medida que la estrella de nuestra España iba sumergiéndose con tristeza en su ocaso, dos grandes imperios surgían, guerrero y continental el uno, marítimo y colonial el otro, á saber, el imperio ruso y el imperio británico, destinados á chocar tarde ó temprano en terrible choque, por la posesión directa ó indirecta de Turquía y por la propia superioridad sobre todo el planeta. Dejando aparte América y Africa, donde los rusos no tienen posesión alguna, considerable porción de nuestra Europa y porción no menos considerable del Asia les pertenece hoy en absoluto dominio. Se pasma uno